

# Resumen de prensa

## Comentario de actualidad

Ramon Boixareu

Recapitulemos. La crisis de las *subprime* estalló en agosto de 2007, siendo acompañada de una contracción crediticia. Sin embargo, de agosto de 2007 a agosto de 2008, la crisis económica no pareció alarmar. En realidad no existió. Sin embargo, mientras pareció estarse capeando el temporal pudo pensarse que éste se limitaría al sector inmobiliario, lo que pudo no preocupar, y preocupó menos de lo debido a algunos países donde la burbuja de la construcción se había dejado hinchar, alegremente, más de lo razonable.

Pero las cosas se complicaron más, inesperadamente, a pesar de originarse en un hecho concreto: se produjo lo que se llamó el «tsunami financiero»: como fue la quiebra del banco Lehman el 15 de septiembre de 2008, en Estados Unidos, aunque con terminales en todo el mundo. ¿Era posible? Lo fue, y sólo el principio. Empezó en aquel momento el episodio más grave y más espectacular en el campo de la economía que han presenciado las últimas generaciones de seres humanos. Se produjeron las quiebras de no pocas entidades financieras hasta entonces intocables, admiradas y veneradas, sobre todo y muy especialmente del país cabeza del imperio, Estados Unidos de América: AIG, Merrill Lynch, las Macs gemelas, etc. etc. ¿Qué hacer con tanto desastre? Salvo en el caso de Lehman, el Estado acudió en su auxilio bajo el principio *too big to fail* (demasiado grande para quebrar), con lo que se vinieron abajo dogmas tan pregonados como el que había asegurado que el mercado repara sus propios errores. Lo cierto fue que, puesto el mercado a prueba, esta vez no estuvo a la altura deseada y empezaron a registrarse cifras en dólares de ayudas como jamás se habían visto. ¡Que cifras! Una de ellas alcanzó los 750 m.m. de dólares. ¿Cómo se escribe esto? ¿Con cuantos ceros? Los ciudadanos se acostumbraron a tales cifras, razón por la cual dejarían de admirarse cuando, en lo sucesivo, se vieran repetidas y aún aumentadas.

Además de EE.UU., otros países, grandes, pero no tanto, pudieron haber seguido la estela norteamericana, pero no lo hicieron —salvo en el caso de Gran Bretaña, aunque en menor escala—, se limitaron a presenciar, asombrados, el espectáculo de fuegos que se producía al otro lado del Atlántico.

Con todo esto se inició, y todavía dura, la que se puede denominar crisis financiera que, como era de esperar, se vio acompañada, a partir de mediados de 2008, de la que se conocerá como la crisis económica, desgraciadamente menos aparatosa, por menos espectacular, que la otra, aunque más dolorosa, mucho más cruel, para el ciudadano medio, que la financiera. Las víctimas, en este caso, no son ya los grandes de poder, sino todos, o casi todos, los hombres de buena voluntad.

Como en el caso anterior, las autoridades han debido acudir a remediar males, ésta vez de una manera generalizada, en tromba, pues los países gravemente afectados han sido numerosos. El importe de los remedios aplicados o pendientes de aplicar ha sido asimismo enorme. En Estados Unidos se maneja una cifra de 825 m.m. de dólares, pero que puede elevarse notablemente y superar el billón de dólares. En Europa, las cifras son menores, pero siempre de miles de millones.

Resultará de interés, tras algunos meses, conocer cómo se habrán o se estarán gastando esos miles de millones. En principio se habla en todos o casi en todos los casos, para empezar, de gastos en infraestructura, pero se alude a objetivos sumamente diversos. Los mismos en infraestructuras, ¿en que consisten? ¿Puentes, carreteras, ferrocarriles, puertos, etc. etc.? No será fácil llegar a acuerdos precisos entre los políticos a este respecto. *International*

*Herald Tribune* del seis de febrero, en un amplio e interesante reportaje, subrayaba los pésimos resultados obtenidos por Japón con los fondos destinados a infraestructura, muy cuantiosos, cuando se propuso reactivar su economía, hace unos 15 años, tras una crisis inmobiliaria cuyos dañinos efectos todavía perduran. El citado periódico daba cuenta de las magníficas obras realizadas en dicha ocasión que, sin embargo, apenas han servido para mejorar realmente el bienestar social o los servicios de todo orden.

Un plan de recuperación de la economía de un país, por lo demás, constituye una fuente de sugerencias que conducen a los más diversos análisis y situaciones. ¿Cómo elegir la obra pública de mayor interés? ¿Serán mejores los puertos que los ferrocarriles? Es más: ¿serán más útiles, en general, las obras públicas? ¿No propiciarán mayores beneficios los gastos en educación o en investigación?

Otra de las derivaciones posibles del análisis de un plan de reactivación es una vuelta al viejo, delicado y debatido problema del proteccionismo comercial, de nuevo situado en el primer plano de la actualidad, con ocasión, específicamente, de haber incorporado la expresión *buy American* en el texto del plan de recuperación aprobado por la Cámara de Representantes. Esta simple alusión dio ya lugar a algunas muestras de desagrado en el mundo diplomático de Washington, lo que condujo a que *buy American* desapareciera del texto del plan que todavía está, en nuestro *press time*, pendiente de aprobación por el Senado. No puede extrañar que suscite recelo cualquier manifestación de fervor proteccionista que tenga lugar aquí y allá. El problema se planteó, y tuvo amplias ramificaciones, para no ir más lejos, en los años 1930, como fruto de la Gran Depresión, razón por la cual no sería sorprendente que se repitiera el proteccionismo, a pesar de los enormes beneficios a que dio lugar, después de la Segunda Guerra Mundial, la liberalización comercial a gran escala.

El plan Obama de recuperación económica, decíamos, todavía no ha sido firmado como ley por no haber sido aprobado aún por el Senado. Esperemos que lo sea sin tardanza, y que su importe, calificado ya en algunos medios de insuficiente, supere los 825 m.m. de dólares previstos en un principio, e incluso que se sitúe por encima del billón de dólares. La recuperación de la economía norteamericana ha de resultar esencial para la economía mundial.

Las ramificaciones —de orden doctrinal o político— a que pueden dar lugar los comentarios y debates que susciten los planes de recuperación, no sólo el de Norteamérica, sino los de la mayoría de los países, sobre todo los del occidente europeo, son muy variadas, de lo que han ofrecido ya una pequeña gran muestra los forcejeos que se

han producido entre los representantes de los dos partidos de la coalición gubernamental de Alemania con ocasión de ponerse a punto el plan de reactivación de la economía alemana, presupuestado en 50 m.m. de euros.

Entre las ramificaciones mencionadas no es la de menor interés la que presidió el amplio comentario de *Le Monde* de tres de enero: *¿Keynes ou Friedman?*, tal era el título del artículo firmado por Daniel Cohen. El contenido es fácil de adivinar. ¿Cuántos años llevábamos sin que la prensa diaria citara a uno o a otro de esos grandes maestros?

En fin, para terminar, quedémonos con las sabias palabras de Paul Krugman (*The New York Times — Herald Tribune* de trece de enero: *Ideas for Obama*). Krugman, aceptando la invitación que Obama dirigió a todo el país pidiendo que le dijeran «cómo creían que se debería gastar dinero eficazmente y *jump-start* efectivamente la economía», dice, para empezar, su artículo, que lo primero que se ha de hacer es suprimir dos partidas de 150 m.m. cada una del plan destinadas en principio a recortar impuestos de sociedades (*business tax*) y de nóminas salariales (*payroll tax*), y destinar una parte de tales recursos a los norteamericanos necesitados (más subsidios de paro, ampliación de la Medicaid, etc.).

Una cosa fundamental es que Obama aumente los recursos previstos. La economía necesita muchos más de los 825 m.m. Por otra parte, el plan debe tener una aplicación que supere los dos años. El término *jump-start* por el que se conoce el plan es, pues, inadecuado.

A propósito de la duración del plan, Krugman se solidariza con las palabras de Lawrence Summers, el primer economista del equipo de Obama: «En esta crisis, hacer poco constituye una amenaza mayor que hacer demasiado».

Otros miembros del equipo económico de Obama, Romer y Bernstein, en un informe, subrayaban que «un dólar en infraestructuras es más eficaz que un dólar de recortes impositivos». Según ambos, «una tasa de desempleo del 7,3 por ciento dentro de tres años, cifra sobre la que se mueve el plan, sería muy negativa. De ser aceptada, se correría el riesgo que Japón conoce muy bien, después de que se eternizara allí la deflación al no producir resultados positivos el plan que dicho país puso en marcha.

Krugman terminaba su columna con estas palabras: *So my advice to the Obama team is to scrap the business tax cuts, and, more important, to deal with the threat of doing too little by doing more. And the way to do more is*

*to stop talking about jump-starts and look more broadly at the possibilities for government investment.*

Bien. La crisis, que se ha mostrado resistente a los primeros auxilios, está en su cénit, y todo parece indicar que será larga. En España, se puede pensar que los problemas más graves son el paro, atroz, y, en general, la caída de la

producción. Por lo demás, no se ven en ninguna parte economistas o políticos capacitados o con medios para encontrarle un remedio rápido a la crisis global; ni siquiera en Estados Unidos, país dotado de una administración con un prestigio ganado desde el primer día de su mandato.

---